

SIMON PIETERS

DIABOLUS

LAS MIL CARAS
DEL DIABLO A LO LARGO
DE LA HISTORIA



El Diablo, encarnación del Mal Supremo, está presente en todas las religiones y culturas del mundo. Pero sus orígenes son oscuros y sus características han variado a lo largo del tiempo. Tampoco su representación mental y artística ha sido siempre igual, ni es similar en las diferentes religiones. En consecuencia, el autor nos ofrece una amplia panorámica de la historia, de este misterioso personaje y cómo ha ido adoptando diferentes papeles (o máscaras) a medida que ha evolucionado la sociedad y le ha dado o quitado poderes. Un estudio ameno y riguroso sobre el tema por parte de un especialista en historia de las religiones.

Introducción

De la misma manera que el Santo, bendito sea, creó un paraíso terrenal, creó también un infierno terrenal; y de la misma manera que creó un paraíso celestial, creó también un infierno celestial.

El Zohar: el Libro del Esplendor^[1]

Algunos han dicho que el maleficio no existe y que creer en él proviene de la falta de fe, porque ellos querrían que los demonios fueran sólo imaginaciones humanas. Pero la fe cristiana quiere que los demonios sean reales y puedan dañar con su acción e impedir la obra de la carne.

SANTO TOMÁS DE AQUINO
Suma Teológica.

Las impresionantes palabras del Apóstol Juan: «El mundo todo está bajo el maligno» (1 Jn. S, 19) aluden también a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios. El influjo del espíritu maligno puede «ocultarse» de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus «intereses».

JUAN PABLO II.

Catequesis sobre el Credo (5.12.1984—7.12.1986).

Sin sacerdote sacrílego no hay satanismo maduro.

K. HUYSMANS.^[2]

PRÓLOGO

El mundo calla y la humanidad es brutal, las cosas, silentes, no nos revelan nada, y los seres humanos somos predadores y lobos para los otros, crueles como ninguna otra especie conocida; aun en tiempos de paz nos damos guerra. Nos hostigamos con reciprocidad para renovar los dolores de la existencia, para hacer de la Tierra un campo de batalla y un infierno. Éstas son dos de nuestras escasas certezas existenciales; la otra es la muerte inexorable y a plazo incierto, que nos espera.

Esos límites, que parecen haber acosado la conciencia de la humanidad desde el comienzo de la memoria, o el principio del tiempo humano, del lenguaje registrado, cuyos testimonios suman lo que suele llamarse la historia del pensamiento, de la cultura, de las religiones, constituyen una frontera que se mantiene invariable, indiferente al paso del tiempo.

Después de esa comprobación, inevitable, de nuestra condición, ¿cómo no preguntarse acerca del sentido del mundo y de la vida, acerca del bien y del mal, de Dios y del Diablo?

El «espíritu del mal», a veces dividido en pluralidad, en dilatada asamblea de demonios, gran colectivo maléfico, parece haber existido desde los orígenes de la civilización. Entre los animistas africanos se encarnaba en diversos demonios locales o propios de la tribu, devoradores de almas, coleccionistas de muertes, muy blancos, sino albinos. En las

comunidades blancas primitivas, en cambio, solían ser negros. También con la piel oscura aparece representado Satán en las primeras imágenes pictóricas cristianas. Y como macho cabrío se presentará el Diablo en el *sabbat*, semejante a Dioniso, a Baco: semicapro, o bien cabrío del todo... A causa de la máscara a manera de ceñidor tapándole el bajo vientre, muchos aprendices de brujo y demonólogos, engañados por la tenebrosa iluminación de aquellas ceremonias, creyeron que el Diablo tenía dos caras, una en la cabeza y otra sobre las nalgas, debajo del rabo. Y que esa segunda cara era lo que besaban las brujas y no el culo.

Todas las religiones han contado con demonios, espíritus, genios maléficos dispuestos a dañar a sus devotos, al tiempo que con ello enaltecían por contraste o contrapunto la grandeza de los buenos dioses propicios.

Pero el Diablo, Satán, es más que un demonio. Con el tiempo llegará a ser un anti-Dios, y en el Renacimiento, el jefe de una vasta conspiración internacional cuya trama tejen las brujas y los brujos de Europa. En el Antiguo Testamento, esta palabra, *Satán*, aparece tres veces: en el libro de Job (1, 6), en Zacarías (3, 2) y en 1 Crónicas (21, 1).

El Satán que ejercita su maldad con Job tiene muy poco en común con el Diablo del siglo XVI. Y además no es Satán sino «el satán», uno que «crea obstáculos», instala barreras...

El concepto de cerrar el camino, que contiene en su origen la palabra «satán», cuando no era todavía un nombre propio, pasó a otras magias y religiones.^[3]

Cuando los hebreos regresaron a Israel desde el cautiverio en Persia llevaron consigo no sólo a los ángeles sino también a *Ahrimán*, que con el tiempo se metamorfosearía en serpiente locuaz e insidiosa, en *Samael* (en hebreo: «Veneno de Dios»), en Satán, para acceder por ese camino al uso de nuevas máscaras, las del monoteísmo, una de las cuales, en los tiempos de los griegos alejandrinos, recibía

un flamante nombre que tendrá una espectacular andadura: el Diablo.

No obstante, no debe deducirse de ello que Samael, Satán, el Diablo... sea sólo un personaje literario. Lo imaginario también existe, y de una manera tan singular y poderosa que con frecuencia las criaturas de sus viveros o panteones acumulan milenios de sucesivas metamorfosis, así como millones de muertos propios y ajenos, en guerras religiosas, persecuciones, sacrificios y martirios a manera de pruebas de su realidad.

Los seres humanos intentaron desde el principio controlar, domesticar e incluso esclavizar en su propio beneficio a los eventuales genios, espíritus y demonios, sobre todo cuando éstos eran muy perversos o dañinos. Así, junto con las magias celebratorias dedicadas a la expresión exaltada de las alabanzas de las deidades tutelares o propicias, nacieron las diversas nigromancias, cultos tenebrosos, encantamientos, las suertes, la brujería, cuyo cometido es el empleo de los espíritus benévolos o malignos —ángeles o demonios— en interés propio. De este modo se inventaron los ensalmos de los curanderos, los rituales de la teúrgia, las brujerías de los magos negros, las disciplinas esotéricas.

Los chamanes cazadores prehistóricos de Altamira y tantas otras localidades no dudaban de que al pintar una manada de animales en su terreno habitual de caza atraerían a las bestias hasta allí. Y si en la imagen atravesaban con una lanza el pecho de una de las criaturas pintadas, condenaban a un animal de carne y hueso a morir en iguales circunstancias...

Los primeros hechizos de la historia se realizaron con esa técnica de transparente ingenio, que hoy la antropología llama *magia simpática o imitativa*. Aunque hayan pasado miles de años desde entonces, en el presente la siguen empleando profesionales de la artes ocultas, curativas, adivinatorias, amorosas..., y también brujos o magos negros

que se anuncian por televisión, o atienden consultorios virtuales en sus páginas web...

Por más que la humanidad haya desarrollado las ciencias exactas y experimentales e inventado las astronaves y la informática, los mecanismos imaginarios de ciertas disciplinas mágicas se mantienen tal como eran hace diez o doce mil años. Ahora mismo, en todas las grandes capitales del mundo donde se decide el destino de la alta tecnología de la próxima década, hay un gran número de magos más o menos satánicos —se anuncian en la Red, por televisión, en los periódicos—, que hieren estatuillas o muñecas de cera, cebo, madera, lana, paja o arcilla, para hacer daño o producir la muerte a las personas que esas imágenes representan y son muchos los hombres y mujeres bien educados, con buena formación, que en Nueva York, Londres, Roma, Madrid, Hong Kong, París, Moscú o Cracovia contratan a magos negros profesionales, luciferinos o satanistas, para que los libren o protejan de sus enemigos, les ayuden a hacer fortuna o bien a tener éxito social o amoroso.

En todos los casos, el poder invisible que permite a un ser humano infligir un daño a otro por medios que no son físicos instala en la escena el poder, la presencia, la acción, de un demonio, o del jefe o rey de todos ellos, que en la tradición judeocristiana y musulmana se llama Satán, el Diablo, *Iblis*.

La llamada ciencia oculta práctica (magia negra, brujería, cábala práctica, etc) enseña a sus aprendices a servirse de los demonios, a manipularlos con eficacia mediante el uso de la magia operativa.

Mucho antes de que se descubrieran las ondas de radio y se postularan las leyes de la mecánica ondulatoria, con siglos de antelación a los misiles intercontinentales y a los aviones de combate, los brujos se bombardeaban con suertes mágicas, lanzándose maleficios a cientos y aún miles de kilómetros de distancia, mediante la captación y el empleo de larvas (fantasmas), que aunque sean demonios indignos

de nombre propio por lo que abundan en todas partes especialmente cuando anochece, no por ello resultan menos aptos para conducir el daño a donde el brujo disponga.

Dichas larvas, que fueron los misiles de crucero, los bombarderos estratégicos e invisibles del pasado, siguen siendo para ciertos esoteristas los súbditos más abundantes y disponibles del príncipe del infierno con que cuentan los magos negros.

No es preciso ser profeta o vidente para intuir el horror de esa pululación. La comunidad diabólica de las larvas es la asamblea, la reunión de todos los designios personales que incuban los pecados del mundo. En esa impura comunidad se desgarran a mordiscos doctrinas de seis bocas, zorras de dos cabezas, conspiradores inconfesos, codicias invisibles y siniestras, sueños depravados, industrias terroríficas, artes e ingenios del espanto y del vicio, que ofenden a toda idea de pureza desde que el hombre existe... Ése es el reino del Diablo. Y por añadidura, el gran banco de jaurías demoníacas, adónde acuden a pescar los magos negros.

En la última década del siglo XIX el novelista J. K. Huysmans denunció por la prensa a Stanislas de Guaita, un ocultista francés —y también poeta simbolista— fundador y gran maestro de una *orden rosacruz*, quien, según asevera Huysmans, usó larvas del Diablo para enviar desde su casa en París hasta Lyon, a través del éter, poderosos venenos que tenían como blanco al abate Boullan, un mago enemigo del rosacruz y objeto de respeto e incluso de veneración por parte de Huysmans. El «abominable Stanislas de Guaita» habría dado muerte al abate Boullan el 4 de enero de 1893, después de un largo combate nigromántico... En esos términos denunció los hechos J. K. Huysmans por medio de diversos artículos publicados en la prensa parisina, poco después del deceso de Boullan.

El novelista francés, que a causa de tales acusaciones fue retado a duelo, acabó sus días acosado por una jauría

de demonios que soltaron contra él los magos enemigos y, tras tomar las órdenes menores, falleció en 1907, convertido en monje de un convento de los oblatos.

Stanislas de Guaita, el feroz mago negro, había fallecido diez años antes, a causa —se dice— de la violencia del «choque de retorno» de su mala magia. Los incrédulos de siempre, quienes no vacilaron en bautizar estos hechos como «la histeria de los ocultistas», atribuyen la muerte del mago a una sobredosis de morfina, a enfermedad o bien a una insuperable resaca feroz de una juerga.

La del Diablo parece una vieja historia moralizadora demasiado truculenta como para contársela a los niños y pueril en exceso como para interesar a los adultos. Sin embargo, creer en la existencia de un ser sin consistencia corporal, con tanta proliferación de ondas electromagnéticas y de realidades virtuales en la vida cotidiana, debería resultar más fácil en el presente. En efecto, no cuesta imaginar a los espíritus puros como quantos de energía electromagnética autoconsciente... Quizá en ello radique la presente familiaridad del Diablo con ciertos ambientes musicales juveniles. El ánimo transgresor de los adolescentes ha encontrado en el satanismo, el luciferismo y otros cultos diabólicos nuevos estímulos organizativos, como los que ofrecen multinacionales demoníacas tales como *la Iglesia de Satán*, *Wicca*, *Golden Dawn*, *Alianza Kripten*, *el Templo de Set*, *la Ordo Templi Orienti (OTO)*, *Abraxas*, *los Cruzados de la Nueva Babilonia*, *las Legiones de Mithra*, y las mil y una logias y sectas de ocultistas y magos negros.

El resultado es sobre todo una forma de vestir, hablar y pensar que apenas tiene otras consecuencias que los conciertos de música *heavy metal*, *black metal*, *death metal*, *hard rock*, *punk*, donde los grupos *Morbid Angel*, *Burzum* y *Emperor*, por ejemplo, expresan el poder de las tinieblas, sin saltarse siquiera las ordenanzas municipales que reprimen los excesos sonoros. Los textos de las canciones enal-

tecen el sexo, el empleo de la fuerza física o la violencia y el consumo de drogas. El estilo musical «satánico» reposa en la provocación constante que comienza en el empleo inmoderado del volumen de emisión, y que pasa por la pertenencia a sectas demoníacas de algunos artistas de rock, como es el caso de *Marilyn Manson*, quien desde el principio llamó la atención del público presentándose como agente del espíritu del mal y matando gallinas en escena.

Todo cuanto ha salido de allí, de ese nuevo satanismo de escaparate, además de música de muy diversa calidad, es la estética gótica o siniestra, que se complace en la ropa negra, los encajes y vestidos a la moda romántica del siglo XIX para las chicas, pero también la ropa de cuero para los dos sexos, los maquillajes con poderosos contrastes de clarooscuro, donde priman el blanco, el negro, los tonos morados y el rojo sangre, los ojos rodeados de oscuras sombras, los *piercings*, los crucifijos invertidos, los pendientes que exhiben cabezas de macho cabrío, los tatuajes alusivos, el vampirismo *light*...

Más allá de esas suaves manifestaciones de rebelión adolescente, las asambleas de devotos de las tinieblas crecen día tras día. Existen decenas de miles de satanistas y otros tantos luciferinos en Europa occidental; hay cientos de miles en Estados Unidos —algunos periodistas han empleado números de siete cifras para referirse a las legiones del Diablo norteamericanas—, pero las pruebas son apenas verbales; lo mismo ocurre con los presuntos secuestros y asesinatos de niños durante la celebración de *sabbats* y misas negras.

Además, el continente americano cuenta con siete millones de devotos practicantes de rituales sincréticos animistas, que mezclan símbolos y mitos cristianos con panteones demoníacos de origen africano, como el vudú, el *candomblé* —también llamado macumba— y la santería, entre las modalidades de fetichismo de mayor difusión en América; y un número aún mucho más alto de creyentes de

ocasión, que visitan las consultas de las madres y padres de los santos, *babalawos*, *awos*, *bunganes*, *bokós* y *mambos*, en busca de remedios para sus males, protección contra hechizos, ayudas para mejorar la suerte, e incluso para contratar sortilegios que les permitan vengarse de sus enemigos o quitárselos de encima, conseguir por ejemplo que a su vecino lo calcine un rayo, o convertir en zombi a su ex marido.

Como se verá más adelante^[4], la iniciación en los cultos del vudú, la macumba o la santería consiste en principio en la elección de un *loa*, santo, misterio, dios o espíritu, que resulte semejante, compatible o en armonía, es decir, análogo, al nuevo adepto en el plano «psicológico» o metafísico; un compañero del otro mundo, un cómplice o colega inhumano para que «acompañe y ayude» al devoto humano que le ofrece sacrificios sangrientos. Para la doctrina ortodoxa cristiana, dicho santo, misterio o dios no será otra cosa que el Diablo con una nueva máscara, o alguno de los numerosos demonios, tradicionales agentes de aquél.

En África, la cuna de estos cultos, existen en la actualidad numerosas cofradías de cazadores guerreros; en cuyas ceremonias iniciáticas mayores se devoran los corazones de los enemigos muertos en combate para anular sus almas endemoniadas y funestas... Otros grupos de cazadores animistas incluso comen sesos humanos con cuchara para robar los dones psíquicos o mágicos del muerto.^[5]

Además de ver ángeles y demonios, a Dios y al Diablo en nosotros mismos, aún más fácilmente las grandes máscaras diabólicas se nos presentan fuera, en el exterior. Resulta más sencillo para los no occidentales, en particular si son musulmanes, descubrir hoy al Diablo en el Gran Canciller de Occidente, que se erige como Sumo Juez, emperador y empresario del planeta, colonizador del sistema solar... De ahí que los líderes religiosos islamistas, por ejemplo, el *ayatollah* Jomeini, hayan denominado a los Estados

Unidos de Norteamérica, el mayor imperio, «Gran Satán». El presidente Bush, a su vez, llamó Satanás al dirigente de Al Qaeda que celebró los atentados terroristas suicidas del 11 de septiembre...

Años antes era el comunismo soviético el que «representaba la política del Diablo». Eso fue olvidado tras la caída del muro de Berlín, primera parte del derrumbe del comunismo soviético. Hasta entonces, *Belial* era un correligionario de Lenin, que solía ir tocado con un gorro de visón donde brillaba la insignia de una estrella roja, y pasaba revista a los misiles balísticos intercontinentales en la plaza Roja de Moscú.

Una de las funciones más solicitadas del Diablo, de Satán, ha sido siempre la semántica: servir para la descalificación del enemigo político. La «demonización del adversario», llaman los periodistas a dicha actividad. Es una constante histórica que se denuncien tantos demonios como potencias o fuerzas beligerantes se enfrenten. Se trata de un empleo retórico del espíritu del mal desprovisto de toda incidencia metafísica, aunque el Diablo tenga en primer término una vocación política inexorable, puesto que uno de sus atributos es ser «príncipe de este mundo».

No obstante, hay algunas excepciones próximas en el tiempo en las que en efecto resulta imposible no reconocer una encarnación, una nueva máscara personal del mal supremo. «Hitler —escribió el suizo Denis de Rougemont^[6] en los días de la Segunda Guerra Mundial, en 1944— es bastante demoníaco como para haber despertado nuestros demonios por una suerte de contagio, o más bien de inducción espiritual. [...] el Führer infunde en el ánimo de los más desheredados la ilusión del poder invencible. Repite a todos las viejas consignas del Diablo: ¡No moriréis, seréis como dioses!».

Tanto la acción política del nazismo, que combinó el ejercicio de la guerra de conquista con el genocidio antisemita, como su discurso —apego al pasado, a los mitos de

«la raza»— e incluso la práctica de un esoterismo de ascendencia satánica explican que el líder del nazismo alemán y artífice de la Segunda Guerra Mundial sea una de las últimas versiones del Anticristo. «A causa de haber experimentado en su presencia una especie de escalofrío de horror, algunos piensan que [a Adolf Hitler] lo habita una Dominación, un Trono o una Potencia...», puede leerse en otro pasaje del libro citado.

El decano de la Facultad de Teología de Salzburgo, Alois Mager, un católico contemporáneo del nacionalsocialismo alemán, descubrirá en el pensamiento del Führer y en la doctrina del partido nazi una «mística satánica». De hecho, *la logia secreta Orden Negro*, que reunía a los más altos dirigentes del régimen nazi, en los días del Tercer Reich, se erigió como una iglesia diabólica clandestina que preparaba el advenimiento de «un hombre Dios que enviarán al mundo las potencias cuando hayamos cambiado el equilibrio espiritual». No es por azar que en las sectas diabólicas del presente abunden las insignias y los símbolos nazis.

En el momento del Pecado Original, el Diablo asumió la apariencia de una serpiente locuaz y supo seducir, triunfó. Ante David adoptó la máscara de precursor de la estadística y se impuso con una engañosa trampa. Frente a Jesucristo se comportó como sociólogo, filósofo, sofista, y fue derrotado. Para tentar a los anacoretas, como san Antonio Abad, usó tanto de las máscaras seductoras femeninas como de simulacros de bandejas con exquisitos platos humeantes, y aun las puras y simples palizas o tratamiento a palos.

Pero muchas veces afloró en el mundo con máscaras que no permitieron su reconocimiento sino muy a posteriori, cuando la obra del mal ya estaba consumada. En sus peores acciones ejerció la autoridad político-religiosa, sobre todo con el pretexto de combatir devociones satánicas, para torturar y asesinar ofreciendo inolvidables espectáculos de crueldad simpar.

¿Qué máscaras nos hará conocer todavía en sus nuevas actuaciones o apariciones? La respuesta a esa pregunta constituye el fundamento de toda posible «demonología crítica», si una disciplina así fuera posible.

El mal sigue siendo un asunto sólo humano, como la religión y la política, las armas nucleares y de destrucción masiva en general, el lenguaje y la literatura. Y es preciso estar bien provisto de optimismo, acaso sepultado bajo una imagen óptima (y lapidaria) del mundo, para declarar su inexistencia o trivialidad.

Personalizar dicho mal, asignarle un espíritu, un nombre, una máscara, ha sido una de las primeras actividades de la humanidad y hoy parece ser, como lo ha sido siempre, un recurso, un trámite psicológico, un ritual ineludible. Por otra parte, el mal en el hombre, además de su expresión histórica, siempre tiene una existencia, ciertas dimensiones personales concretas, que conciernen a la conciencia y a la intimidad de cada persona.

El Diablo que creemos conocer en el presente, rey del infierno, comandante de todos los demonios, es en realidad una máscara bastante reciente, en su mayor parte compuesta por los profetas y hagiógrafos de la Biblia, que tuvo como remate la terrible invención de la brujería satánica por parte de la Iglesia de Roma —y luego de las reformadas—, que a partir del siglo xv declaró la emergencia de una conspiración cósmica del Diablo y de la secta de los brujos, y comenzó a quemar «devotos de Satán» en ceremonias judiciales públicas con diabólica asiduidad y satánica complacencia.

El demonio que encarna nuestro pecado, el tentador, para un psiquiatra agnóstico no será otra cosa que nuestra propia imagen proyectada al exterior. Tal es el punto de vista de la psicología laica (agnóstica o bien atea), que aconseja invertir el aserto del Génesis 1, 27, para postular este versículo opositor (acaso satánico):